



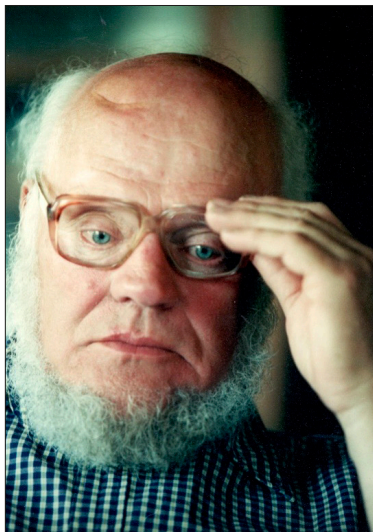
JUOZAS APUTIS:
EL CLARO DE AGUA REFRESCANTE

Introducción y traducción
de Carmen Caro Dugo, Universidad de Vilna

JUOZAS APUTIS:
A GLADE OF REFRESHING WATER

Introduction and translation
by Carmen Caro Dugo, University of Vilnius

Carmen Caro Dugo



Juozas Aputis hacia 2005



INTRODUCCIÓN

Juozas Aputis (1936-2010) es una de las voces más destacadas de la prosa lituana del siglo xx y uno de los escritores que más ha contribuido a modernizarla desarrollando el género del relato.



Juozas Aputis con su mujer Virginija y su hija Vijolė en su casa de Vilna, 1985

El escritor vio la luz el 8 de junio de 1936 en Balčiai (provincia de Raseiniai, al noroeste de Lituania) y se graduó en Filología Lituana en la Universidad de Vilna en 1960. Además de su labor literaria, comenzada ya en sus tiempos de estudiante, a lo largo de su vida trabajó en el mundo de la cultura, ocupando diversos puestos de redacciones de revistas literarias y culturales. Los últimos años de su vida transcurrieron mayormente en el pueblo de Zervynos, al sur del país, en su casa de campo restaurada con sus propias manos.

Su creación literaria abarca un amplio arco temporal de circunstancias históricas diversas: tres décadas de la Lituania soviética y dos en una Lituania ya independiente. Desde sus primeras colecciones de relatos, publicadas en 1963 y 1967, el escritor no se ajusta a los cánones del realismo social ni se limita a describir la Lituania agraria de la que él procedía y que tan bien conocía, sino que se adentra en la esencia de la vida del hombre, muy estrechamente relacionada con la naturaleza.



El autor junto a su casa de Zervynos

En la pluma de J. Aputis cobran vida múltiples personajes que configuran el microcosmos del relato, integrado no únicamente por personas, sino también por animales, árboles, plantas... En la visión y expresión del autor, los animales parecen realizar acciones humanas, las cosas también adquieren características de seres animados. El reconocido crítico literario Albertas Zalatorius (1988, 176-189) destaca que J. Aputis simplemente ni podía ni sabía escribir de forma superficial y que —dominando la palabra y concediendo suma importancia al aspecto estético— no pretendía solo recrearse en el lenguaje, sino emplearlo para expresar algo esencial. Añade que en la obra de Aputis se da particular importancia a la memoria, la reflexión sobre las propias acciones, la conciencia; sus textos enfrentan al lector con la necesidad de desprenderse de la carga de un yo artificial, de las propias caretas. Ayuda así el autor a alcanzar una comprensión del mundo no contaminada por las opiniones colectivas ni por todo lo que no eres tú mismo. Al leer los relatos de J. Aputis, el autor con su entonación íntima, su envidiable capacidad de observación y su tolerante



valoración de las circunstancias de los personajes, arranca al lector esa corteza, dejando su corazón al descubierto. El crítico literario destaca la humanidad como el valor más relevante para J. Aputis. En la colección de relatos *Vieškelyje džipai* (*Jeeps en el camino*, 2005) —publicada ya en la Lituania independiente y merecedora del premio nacional de arte y cultura— aparecen personajes de relatos anteriores: aun cambiando de circunstancias y con el paso de los años, algunos se han mantenido fieles a sus valores y sus raíces, han conservado los vínculos con su tierra y sus antepasados, con la naturaleza; otros, en cambio, no han aprobado el examen de humanidad.

J. Aputis no evita ahondar en los sentimientos de miedo, tristeza, soledad, culpabilidad, explorando también la ansiedad causada por la responsabilidad de la vida, que se presenta en ocasiones como una pesada carga. Sirva de ejemplo lo que afirma de uno de sus personajes:

experimentó una tristeza como la que ocurre solo en contados instantes de la vida, una tristeza por la que te parece que eres el reloj del universo, y no como un reloj al que alguien dará cuerda, sino como aquel del que todo depende: tú irradian las luces y los colores, en los ríos abresas las bestias y en los pozos das de beber a las personas, haces los nidos a las aves y defiendes a sus desnudos polluelos de los halcones, tú dispones todas las cosas de forma bella e inteligente y, de no ser por ti, todos caerían de rodillas, las criaturas animadas e inanimadas, y ay: ¡Señor, Señor!, aún no has llegado a ser ese reloj y ya sientes que vendrá el momento en que no existas. Sobreviene así un gran dolor y anhelo, pues entiendes que eres como un Dios que sabe que tendrá que morir.

Por el importante papel concedido a la memoria y a la conciencia individual, algunos personajes se sitúan ante sus propias decisiones morales y comportamientos del pasado, que regresan como un destello de la imaginación y son considerados con nuevas luces.

A Juozas Aputis no le preocupaba únicamente escribir de una forma original y bella, sino llegar a lo más profundo del hombre, a los problemas universales, pero siempre a través de vivencias concretas, sin generalizaciones vacías. Su prosa se aleja así de un mero realismo social, pero también de un universalismo abstracto.

En el relato “El claro de agua refrescante” —del relato “Horizonte bėga šernai” (“En el horizonte corren jabalíes”), incluido y publicado por primera



vez en la colección *Horizonte bėga šernai: Novelės* (1970)— se dibuja una situación humana universal —la pérdida, la despedida, el paso de la infancia a la madurez, el dolor por el paso del tiempo, la ansiedad ante un futuro incierto— y, al mismo tiempo, una experiencia del propio autor y de muchos otros escritores de su generación: el salto que supone el abandono de la vida en el campo y del ambiente familiar para trasladarse a la ciudad. Los personajes del relato —sin nombre— habitan el claro del bosque junto con plantas y animales. Todo lo que rodea a los personajes tiene un papel: el perrillo, la vaca, las gallinas, la hierba, los árboles, el agua y las rocas; todos ellos configuran un mundo del que uno de los personajes, llamado genéricamente “la hija” o “la hermana”, ha de salir.

El autor explora aquí el dolor por el transcurso del tiempo —que el susurro de los árboles recuerda y del que se impregnan también las cosas— así como el fuerte vínculo de la persona con su infancia. Como escribió en el relato “En el horizonte corren jabalíes”,

la infancia nos persigue en cada hora de tristeza y anhelo, corremos hacia ella como hacia un manantial, pues allí siempre hallamos agua; solo en la infancia somos auténticos dioses y únicamente en la infancia podemos excavar los más profundos pozos para beber nosotros y dar de beber a otros.

Todos los personajes de “El claro de agua refrescante” son parte de ese reino, de ese claro del bosque al que ya nunca se vuelve igual, pues pertenece al pasado, pero que, al mismo tiempo, será siempre ese manantial al que se regresa para recuperar fuerzas y “alimentar su vida, cuando esta se tornara absurda e incluso espantosa, para encontrar ahí aliento en medio del agotamiento”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aputis, J. (1970). *Horizonte bėga šernai: Novelės*. Vilnius: Vaga.
Aputis, J. (2016). *Tolimas Balčios kraštas, Lietuvių literatūros lobynas. xx amžius*. Vilnius: Lietuvos Rašytojų Sąjungos leidykla.
Zalatorius, A. (1988). *Prozos gyvybe ir negalia*. Vilnius: Vaga.



EL CLARO DE AGUA REFRESCANTE¹

De primera mañana se encontraban todos tristemente serenos. Hablaban más bien poco, solo la madre preguntaba de vez en cuando a la hija si no se le olvidaba nada. No iba a volver pronto, como para venir a recogerlo. El padre asió un hacha del porche y se fue al aserradero, sacó un tronco clavado hondo en la tierra, lo cambió de sitio y empezó a trocear los alisos traídos en primavera. A través de los abetos se colaba a veces un airecillo, y las flores desprendían ya el olor del cercano otoño. El sol destellaba por entre las ramas de los árboles, agitaba las hojas de los tres robles de la dehesa. El padre ahora necesitaba tres golpes para cortar el aliso más delgado; hace apenas una semana ese mismo arbolillo agostado se lo ventilaba de uno, como máximo dos hachazos. La hija seguía inclinada sobre la maleta, comprobando cosas, cambiándolas de sitio cuidadosamente con sus finos dedos.

La madre, sin saber ella misma para qué, subió al altillo, se acercó al ventanuco y estuvo un rato mirando los viejos abetos; desde ahí casi no se podía ver nada más, quizá alguna rama de roble y, algo más lejos, sobre un montículo al borde del bosque, el trébol ennegrecido, sin cortar y pisoteado por bestias y personas, y algunos tallos de lupinos, donde maduraban fresas silvestres e incluso frambuesas. Por ese ventanuco solía observar a su hija y a la pequeña; a veces se alarmaba cuando la hija, con un vestido corto, se agachaba para coger fresillas, no fuera a pasar alguien en ese momento por el sendero del bosque, mucho más si era algún hombre. Más de una vez vio cómo la pequeña agarraba a su hermana y esta la abrazaba, la levantaba del suelo y se ponía a darle vueltas; las piernas bronceadas de la pequeña se enganchaban en los trebolares violetas.

La madre se sintió afligida, estaba a punto de bajar cuando vio colgado de un clavo un vestido que se había quedado pequeño a su hija; se acercó a él, lo agarró y apretó la prenda usada con las manos. Más allá del ventanuco, abajo, en un surco de remolachas, cayó con un golpe sordo una manzana madura. En lo alto del tejado, enmarañada en una telaraña, se agitaba confusa una gran mariposa de lunares. El padre continuaba en el aserradero troceando los alisos.

¹ El título original es «Erčia, kur gaivus vanduo». Se ha traducido al castellano la versión incluida en Aputis (2016, 19-27).



Después le oyó clavar el hacha en el tronco y supuso que ya estaba rebuscando en los bolsillos sus pobres pitillos y el fuego, pero enseguida vio por el ventanuco cómo se iba acercando a los robles dejando atrás los cerezos y dirigiéndose al abetal. Ahí estaba su gran abeto, en el que el padre de papá ya hace mucho había colocado una capillita con su cristo de abedul. Todavía ahora, si pasaba alguien por el abeto en algún vehículo o a pie, se descubría, aunque el cristo ya no estaba: se había marchado a la ciudad en un bonito coche.

La madre acarició el vestido de su hija, después lo descolgó, lo dobló bien y se lo llevó. Arrastrando los pies por el techo cubierto de briznas, se acercó a la escalera.

La pequeña estaba revolcándose en el patio sobre los tallos de argentina junto a la caseta del perro, abrazando a un perrillo cansado que la quería mucho. El pobre estaba ya aburrido de jugar con la niña y, en cuanto conseguía un instante de libertad, dirigía su triste mirada hacia el bosque a través del trebolar, pero la niña lo agarraba por la panza y lo derribaba sobre la hierba, y el perrillo cano hacía como que disfrutaba y se revolcaba, para no ofender a la niña.

Enseguida apareció en el patio la hermana. Salió de la habitación al mismo tiempo que la madre bajaba por los escalones escondiendo su vestido usado. La pequeña fue corriendo hacia su hermana, abandonando al perro, ahora ya innecesario; también él puso sus ingenuas esperanzas en la hermana, pero esta ni se fijó en él, así que el perrillo, ya solo, tenía ahora una estupenda ocasión de pensar en su perruno destino.

—¿Vamos ya? ¿Vamos? —preguntaba la pequeña, agarrándole la mano a su hermana, y la hermana no decía nada, pero la pequeña entendió que ya iban.

La madre había bajado y estaba ahora recorriendo la habitación, mirando con un temor vago la maleta que estaba junto a la pared y el paraguas morado: echó un vistazo por la ventana a las hijas que se marchaban y al perro, gimiendo este por su destino y por la gruesa cadena que lo aprisionaba. Las niñas giraron por el pajar hacia el riachuelo que borboteaba, la pequeña agarraba ramas de pequeños alisos sin dejar de coger a su hermana por la cintura, pero esta ya no jugaba con ella.

Junto al dique que su padre había construido hacía años se desnudaron las dos; la hermana se tiró desde la orilla y se sumergió, la pequeña se iba metiendo con cuidado, pues todavía no sabía nadar bien.



La madre no aguantaba más dentro, así que entreabrió la puerta y el perro puso ahora en ella sus últimas y dudosas esperanzas, y no en vano. La mujer fue directamente hasta la caseta, acarició la piel recalentada del perro, echó un vistazo por el patio y empezó a palpar junto al cuello del animal un lugar bien conocido para el perro, donde le habían arrancado el pelo y se apreciaba su piel azulada y moteada. Todavía no había llegado a sonar en la caseta la cadena soltada y ya estaba el perrillo en medio del patio, patas arriba y revolcándose por la hierba. Después fue disparado hacia el huerto, empezó a olfatear las flores y se disponía a hacer algo, levantando su única pata blanca —las otras eran negras—, pero cambió de opinión y se fue pitando por el trebol en busca del padre. La madre fue detrás de él, solo que no hacia el bosque, sino a los pastos, donde estaba la vaca atada bajo un roble. Llevaba todavía apretada en la mano la prenda desvaída de su hija.

En distintos lugares del claro se encontraban cuatro personas: tres adultos y una niña; además, en algún sitio del bosque iba un perrito olfateando las huellas, estaba la vaca bajo el roble y, desplegando sus alas polvorientas, las gallinas picoteaban en los surcos bajo las hojas del patatal.

La hermana buceaba y buceaba en el remanso, con sus largas trenzas mojas sobre la espalda; la pequeña extendía los brazos hacia ella, rogando que la agarrara y la llevara hacia dentro, pero la hermana lo hizo solo una vez, como a la fuerza y sin cariño. De los adultos de este claro del bosque, ella era la única que casi no pensaba en su pasado. Fue nadando hasta el otro lado del dique, se sentó sobre una roca grande, dejando caer las trenzas por los hombros, y con un extraño temor, como si fuera la primera vez, se miró los pechos bronceados y las piernas arañadas un poco por encima de las rodillas. La brisa traía hasta ahí el olor a dalias salvajes; la rodeó un presentimiento raro, dolorosamente seductor, acechaba algo que no le causaba miedo, pero sí la estremecía. En el espacio difuso del tiempo futuro que se extendía ante sus ojos veía una fuerza grande y bella a la que no había más remedio que rendirse. Esa fuerza tremenda e inmaterial arreciaba en algún sitio lejano, pero ella entendía con temor que esa fuerza ya había empezado a observarla y seguirla.

—Eres mala —le dijo la pequeña, una auténtica niña; una niña pequeñita, desnuda, bronceada y con las piernas arañadas—. Antes siempre eras buena, y ahora no. Vete, si tantas ganas tienes. Yo seré buena y además aprenderé a nadar.



—¿Por qué te enfadas? —preguntó la hermana por decir algo, como obligándose a no olvidarse de la pequeña, sentada con el agua hasta la cintura al otro lado del dique, extendiendo los brazos a los lados—. Soy buena. Tú sabes que soy buena —dijo con cariño, pero ese anhelo indefinido no la abandonaba. Ella no podía estar solamente ahí. Al tocar las cosas de su tierna infancia y su niñez, el agua que fluía con su continuo murmullo y las piedras cubiertas de lentejas de agua, sentía cómo se resistía, cortando para siempre esos vínculos naturales y, al mismo tiempo, en ese mismo instante, acopiando todo en la memoria, para poder —al cabo de muchos años— alimentar su vida, cuando esta se tornara absurda e incluso espantosa, para encontrar ahí aliento en medio del agotamiento.

El padre, rejuvenecido tras muchos años, estaba sentado bajo el gran abeto. Era un hombre robusto. Lo sabía, no hacía falta que se lo dijera nadie, él mismo entendía que no era muy gallardo, en ese momento verdaderamente humano de la despedida, sumergirse en el pasado, pero no podía evitarlo. Tal vez ese momento sería como un punto de impulso para una nueva ilusión, para nuevos claros del bosque, pero quién sabe, quién sabe, se sonrió. Solitario, sintiendo una llamada a ensimismarse, deambulaba sigiloso entre las personas, evitando tanto a las mujeres como a los hombres, la mayoría de los cuales se le antojaban llenos de una fuerza hueca y un arrojito histérico. Antes había ahí un bosque negro; en su centro había acotado él un gran calvero cuadrado, haciéndose la casa con la madera de los árboles talados; solo dejó cuatro robles en el trebol. Después represó el riachuelo y ya había empezado a construir un molino y una sauna como nadie había visto en los alrededores; la sauna iría asentada sobre gruesos troncos de roble por encima de la corriente del riachuelo, y el agua caliente recibiría a todos los viajeros. Ahí quedó a la vista mucho tiempo la base de la sauna, por encima del agua, pues algo le ocurrió a él: en primavera todos los trabajos se le antojaron ridículos e insignificantes, empezó a sentirse inquieto, los hielos arrebataron con sus golpes los cimientos de la sauna que nunca llegó a existir; y ese mismo año, con la llegada de la primavera, esa fuerza necesaria de la vida, se fue del claro del bosque que él mismo había despejado y por la noche trajo a caballo a la que ahora, con la barbilla apoyada en una mano y el vestido ya pequeño de su hija apretado en la otra, estaba bajo uno de esos robles y miraba a los ojos al animal rumiante. Le daban sosiego



la tranquilidad del animal, su estabilidad y su conocimiento de algo, extraño, pero claro. Ella también estaba en el pasado; la mujer ni siquiera pensó si tras ese día quedarían nuevas ilusiones y puntos de apoyo, como había pensado él, sonriendo, descubierto y sentado bajo el abeto; ella veía tan solo a su hija y su vestido ya pequeño, oía las palabras de la hija, pronunciadas no hacía tanto. Llegaba ella desde el roble, con el lienzo de lino hilado por su madre y se sentó sobre el banco junto a la pared.

—Has vuelto muy pronto. —Los ojos de su hija estaban clavados en la pequeña ventana de la cocina—. ¿No estabas bien bajo el roble?

Ella bajó la mirada y le entró cierta timidez.

—Mamá, estoy muy bien debajo del roble, pero me da pavor. Cuando susurra, siento el transcurrir del tiempo. Siento que el tiempo de verdad existe y lo noto irse.

La madre quedó estremecida por esa sensación de su hija, experimentada por ella misma hacía tiempo, mas nunca expresada con tanta claridad. Se acercó a su hija y le puso la mano en la cabeza.

En las hojas de los robles susurraba el tiempo que pasaba.

Ahora estrujaba en la mano el vestido pequeño de la hija; el trascurso del tiempo de esa merma se le hacía más doloroso aún.

Enseguida llegó la pequeña al claro del bosque desde el susurro del tiempo.

Ella seguía sentada en el agua con las manos extendidas y de espaldas; no entendía mucho lo que estaba pasando en ese calvero, pero la falta de entendimiento no siempre es más fácil que el entendimiento. Esforzándose por rechazar los pensamientos sobre esa fuerza que la observaba y deseaba, la hermana se levantó de la piedra, fue nadando hasta la pequeña, la cogió en brazos y empezó a besarla, y esta expresó rápido con sus palabras lo que la hermana no quería oír:

—Pero no te pongas a llorar. Somos nosotros los que tenemos que lamentarnos, pues tú te vas.

El perrillo llegó jadeando a la presa, se lanzó desde la orilla y empezó a beber agua, y la pequeña lo obligó a bañarse.

Enseguida volvieron a casa de tres lados el padre, la madre y las hijas. El perro, ya bañado, estaba de nuevo revolcándose por la hierba y la pequeña le preguntó a su hermana:



—¿Vas a venir a vernos con frecuencia? Después de estudiar y estudiar, cuando estés cansada, ¿vendrás a bañarte en la presa?

El perrillo en ese momento puso atención; tal vez había empezado a entender algo, pues el agua aviva el cerebro. La hermana replicó a la pequeña:

—Claro que vendré.

Fue una respuesta bastante triste. Seguro que ella misma lo entendía con claridad: una vez que te vas, ya no vuelves igual; nunca será ya lo mismo como en la colina, donde crecen las fresillas y a veces maduran las frambuesas, ni en la presa refrescante, aunque este silencioso claro la atraerá más y más con el paso de los años, pero cada regreso significará solo una vuelta al pasado: a los trebolares violetas, la roca del riachuelo, la argentina del patio, pero en la vida ya no existirían esas cosas para ella.

En primer lugar por el sendero, como corresponde, marchaba el padre. Cargaba con la maleta, seguido por su hija, la madre, la pequeña y el perrillo. Llegados hasta los robles, la madre se volvió corriendo, aplastando la hierba del sendero con sus pies descalzos; dejó sobre la cerca el vestido pequeño de su hija y trajo una flor del jardín, que su hija cogió, dándole a su madre el paraguas. El perrillo a veces se adelantaba corriendo por el trebol, como queriendo presumir de que él se sabía el camino.

—En este lugar también se alzaba un gran roble hace tiempo, solo que una vez lo alcanzó un rayo y el árbol se secó. Después hice con él una mesa y el puentecillo para el arroyo. Así que quedaron solo tres robles.

—Ya lo contaste, papá.

—Donde ahora está el trébol, un año un jabalí atacó al perrillo.

—Ya lo dijiste, mamá.

—Tú tienes suerte; tú te vas, y yo tengo que quedarme. —La pequeña, adelantando a la madre, corrió junto a la hermana y le agarró la mano.

—Pronto te marcharás tú también.

—Ay, todavía falta.

—No te darás ni cuenta de cómo pasa el tiempo.

—Claro, ahora a ti te parece así porque te vas.

Llegaron rápido al asfalto recalentado desde el claro del bosque y no hizo falta esperar mucho el autobús, que se detuvo en la parada gruñendo y jadeando como un gran jabalí. El padre ayudó a subir la maleta, la madre le dio a la



hija el paraguas, viendo con qué ojos observaba a su retoño el joven chófer; la pequeña se quedó al otro lado de la cuneta, se puso de espaldas y no miró al vehículo en absoluto. El autobús arrancó rápido, soplando a través del humo la arena azul del asfalto. Los que se quedaron en tierra, al irse el autobús, alcanzaron a ver que la muchacha les sonreía, sosteniendo la flor arrancada por su madre. El perro —que estaba dentro de la zanja siguiendo el ejemplo de la pequeña— saltó a la carretera y, aullando furioso, intentó alcanzar el autobús y morderle una rueda.

